

“MALÉFICA”, LA PELÍCULA. A PROPÓSITO DE UN CASO

“MALEFICIENT”, THE MOVIE. A CASE

Sara Hernández Bote

Psicóloga. Psicoterapeuta EMDR. Especialista en Psicoterapia y Psicodrama.
Máster en Psicología Clínica y Psicoterapia por la Sociedad Española de Medicina Psicosomática y
Psicoterapia

Resumen: Para la elaboración de este artículo me he inspirado en la recién estrenada película de Walt Disney, Maléfica. A lo largo de las líneas he querido transmitir mi propia interpretación de la citada película, acompañándolo de un caso clínico que creo puede ilustrar bien dicha interpretación.

Palabras clave: Maléfica, película, caso clínico, psicoterapia, niños, adolescentes

Abstract: Inspiration for this article was drawn from Walt Disney's movie "Maleficent". In this text I express my own interpretation with a case of study related to it.

Keywords: Maleficent, movie, clinical case, psychotherapy, children, teenager

LA BELLA DURMIENTE, PRIMERA PARTE

“Oíd bien todos vosotros: la princesa crecerá dotada de gracia y belleza, podrá ser amada por cuantos la conozcan. Pero al cumplir dieciséis años, antes de que el Sol se ponga, se pinchará el dedo con el huso de una rueca y morirá.”

La Bella Durmiente del bosque es un cuento de hadas nacido de la tradición oral. Existen varias versiones, entre ellas las del italiano, Giambattista Basile, Charles Perrault y los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm, siendo estas dos últimas las más populares en nuestros días.

En el año 1959, la versión cinematográfica de Walt Disney dio un gran impulso al cuento de hadas a nivel internacional y en el 2014, la misma cinematográfica, dio un importante giro a su primera versión aportando (a mi parecer) una nueva visión de este popular cuento pudiendo darle una nueva interpretación al tradicional cuento.

La historia de la Bella Durmiente versionada por los hermanos Grimm y Perrault, relata la historia de un rey y una reina quienes, tras su larga esterilidad, finalmente son bendecidos con una

hija. Para celebrar tan feliz acontecimiento invitan a todos los habitantes del reino y a varias hadas quienes, mediante encantamientos, le otorgan a la joven princesa preciosos dones. Cuando la última de las hadas se aproxima a bendecir con su poder a la princesa, irrumpe en el salón del reino una temida criatura a la que olvidaron invitar, la bruja Maléfica, la cual hechiza y sentencia que al crecer la niña, ésta se pinchará con un huso de una rueca y morirá.

Por suerte, el hada que aún no había formulado su hechizo, consigue mitigar la maldición, de forma que la princesa no muera, sino que tan sólo dormirá, al igual que los habitantes del reino, hasta ser despertada por un beso de amor verdadero. Terriblemente asustado, el rey prohíbe las ruecas en su reino, siendo todas y cada una de ellas quemadas en hogueras.

Sin embargo, al cumplir 16 años la princesa, curioseando en una torre del castillo, se encuentra a una anciana que hila con un huso, quién la insta a tocarlo. La muchacha, confiada, lo toma, se pincha el dedo y cae dormida. El sueño se expande a todos los habitantes del castillo y este es ocultado por una espesa vegetación.

Cien años después, un príncipe escucha la historia de la bella durmiente y se dirige al castillo con intención de despertarla. La vegetación se abre a su paso. Cuando llega al castillo encuentra a la princesa dormida y queda cautivado por su belleza, despertándola con un beso de amor verdadero, consiguiendo así romper el hechizo para la princesa y todos los habitantes de su reino. Príncipe y princesa se casaron y vivieron felices para siempre. Colorín, colorado este cuento se ha acabado.

MALÉFICA, SEGUNDA VERSIÓN

Hasta aquí, la historia que todos (o casi todos) conocemos de la Bella Durmiente del bosque. Un cuento donde desde el primero momento tenemos claro quiénes son los buenos y quién es la malvada, como suele ocurrir en la inmensa mayoría de historias y cuentos tradicionales que componen el folclore literario de cualquier cultura.

Desde que en mi infancia leí los cuentos de los hermanos Grimm y vi en innumerables ocasiones la película de Disney, siempre interpreté que Maléfica, la malvada bruja que maldice a la inocente princesa, estaba enfadada por haber sido excluido de la fiesta, motivo por el cual se persona en la celebración dejando claro su descontento y cargando su gran dolor sobre la menor. Con los años me he ido dando cuenta que la exclusión pasa hasta “en las mejores” familias y constituye uno de los temas centrales de los conflictos sistémicos, que con frecuencia pueden llegar a resonar y dejar huella incluso en generaciones posteriores.

No ahondaré en este aspecto, ya que supondría explorar en mayor profundidad las técnicas de constelaciones familiares y terapia familiar y sistémica, algo que me reservo para futuros artículos.

Pasaron los años y no volví a pensar en profundidad en la joven princesa encantada ni en los motivos que habían llevado a Maléfica a arruinarle la vida. Si bien es cierto que en muchas ocasiones he empleado en consulta, tanto con adultos como con los más pequeños, la imagen del príncipe galopando sobre su valiente corcel, aproximándose al castillo rodeado de espinos impenetrables que protegían la morada, donde permanecía la dormida la princesa presa de su hechizo.

No es hasta hace un par de meses, cuando, tras ver la película de Maléfica para pasar una tarde de domingo cualquiera, me doy cuenta de la cantidad de interpretaciones e hipótesis psicológicas posibles que posee la historia y las cuales me animan a escribir un caso clínico que creo puede encajar con una de ellas.

Las diferentes interpretaciones psicológicas de la Bella Durmiente, entre otras, hablan del temor de los padres ante el despertar sexual de los hijos, tal y como indica Bruno Bettelheim quien interpreta el pinchazo con el huso de la rueda como la primera hemorragia menstrual y el beso del príncipe como la culminación de dicho despertar. Otra interpretación interesante es la que arroja el psicoanálisis considerando la formación del yo desde dos posiciones contrarias, lo bueno y lo malo, el deseo y la obligación, el poder y la sumisión, etc.

Sin embargo, más allá de las interpretaciones que puedan arrojar las diferentes corrientes psicológicas y autores que podamos explorar, para mí la película de Maléfica tiene un tema muy importante y no es otro que el que habla del inmenso dolor de una mujer al ser traicionada por el hombre al que ama. Tan grande es dicho dolor que entra en un estado de necesaria irrealidad (disociación), dónde sólo tiene lugar el odio y la venganza como forma de evadirse y poder reponerse de su enorme sufrimiento. Este mismo tema lo he podido encontrar en el mito de Leto quien, embarazada por Zeus, da a luz a Apolo y Artemisa, mientras que Hera, la esposa de Zeus, la persigue. Para plasmar esta idea de amor romántica hecho pedazos con consecuencia de un tercero, he querido exponer un caso clínico donde desde el primer momento podía palpase el gran dolor que había en todos y cada uno de los miembros del sistema.

CASO CLÍNICO. EN UN PAÍS MUY, MUY CERCANO....

En otoño de 2012 conocí a los padres de Irene, que por aquel entonces contaba con 10 años. Partiendo de la solicitud de cita ya había aspectos que me llamaron la atención. Fue el padre quién contactó conmigo por iniciativa propia lo que me sorprendió un poco ya que normalmente son las madres las que llaman para la primera sesión.

El padre de la menor, Antonio, me contó que estaba muy preocupado por Irene, desde hacía tiempo se habían sucedido ciertas situaciones problemáticas muy graves que habían sido provocadas por la niña. Mencionó que estaba separado y que no contaba con que su ex-mujer se implicara en la terapia. De acuerdo a la legalidad vigente le comenté que, en caso de evaluar e intervenir con menores, era necesario disponer de un consentimiento informado firmado por ambos progenitores antes de iniciar cualquier actuación con la menor.

Tras arrojar dicha información supuse lo que ocurriría a continuación y que ya he experimentado en numerosas ocasiones: un padre solicita terapia para el hijo y el otro se niega a ello, probablemente como herramienta de poder ante el otro.

Así pensaba que ocurriría en esta ocasión, pero no fue así: la madre accedió a que su hija fuera evaluada y a que iniciara una terapia si fuera necesario. Objetó que por horarios laborales probablemente no pudiera traerla pero que intentaría solucionarlo, aspecto que interpreté desde la resistencia.

Considero absolutamente fundamental para el buen pronóstico de cualquier terapia no prejuizar ni cuestionar desde la crítica vacía e inservible a nuestros pacientes, sino aceptarles con todo lo que vienen, aun cuando sea una mochila cargada de dolor que en ocasiones tome aspectos más parecidos a la ira.

Este caso me enseñó mucho del amor, pero también del desamor y del odio más profundo. Me ayudó a darme cuenta que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Y que cuando alguien a quien amas con toda tu alma te hiere puede hacer temblar hasta los cimientos que creías más estables y firmes. Que esa mochila de dolor, producto del rechazo y el despecho, en muchas ocasiones cuando se rompe dentro del seno de una relación de pareja, es colocada en los hombros del más frágil y vulnerable pero también del único que puede ocuparse de llevarla: un hijo.

Antonio y Marta se personaron en mi consulta para una primera sesión. Recibí a ambos durante una hora y media, tiempo que siempre me reservo para recibir en primera sesión a los padres de los niños que voy a atender. El motivo por el cual dedico ese tiempo extra es para ofrecerles un clima de tranquilidad y confianza, ya que vienen acompañándoles muchas angustias y hacer una sesión con dos personas hablando de un tercero en tan solo una hora me parece breve y estresante.

En esta primera cita no ocultaron sus diferencias y su mala relación, la cual a pesar de todo, mantenían estrechamente, ya que ambos residían en el mismo barrio separados por escasos metros de

distancia. Antonio había rehecho su vida y acababa de ser padre por segunda vez. Marta había tenido varias parejas pero con ninguna pudo congeniar adecuadamente.

En cuanto a la niña, Antonio refería alarmado los bruscos cambios de humor de Irene, los celos que sentía hacia su recién nacido hermano, comportamientos agresivos en el entorno social con iguales, dificultades para concentrarse en los estudios y bajo rendimiento, y lo más grave: la menor había incendiado la cocina de la casa de su madre tras una discusión con ésta.

Marta comentaba levemente algunos aspectos que vivía en su casa con Irene y se defendía de los ataques de su ex-marido, quién la acusaba de no prestarle atención a la niña y “dedicar su tiempo libre a ligar en lugar de estar con su hija”.

No quise ahondar más por el momento en aspectos relacionados con la menor (salvo datos de anamnesis) ya que intuía (como suele ocurrir) que el origen de los síntomas no debía buscarlo en la pequeña sino en lo que podía haber vivido en su corta vida así como la forma de vincularse que había podido establecer con sus figuras parentales.

Al preguntarles por su historia de pareja ambos me contaron que fueron al mismo colegio e instituto. Desde muy jóvenes, con tan solo 13 años, comenzaron a salir y cuando llegó el momento, (más por Marta que por Antonio) decidieron irse a vivir juntos. Desde el principio de la relación, hubo infidelidades por parte de él, que siempre eran perdonadas.

Al poco tiempo de iniciar la convivencia “tocaba” casarse, y una vez más, Marta insistió para ello. Antonio no lo tenía muy claro y el mismo día de la boda, dudó en si presentarse o no en la iglesia pero finalmente accedió. A los pocos meses y sin “buscarla” llegó al mundo Irene cuyo nombre significa “Diosa de la Paz”, nombre elegido por ambos por gustarles su significado. Cuando escuché el nombre, no puede evitar pensar en lo que arrojaba su significado y como Irene estaba siendo, con nombre o sin él, la encargada de traer la paz a la guerra que ambos padres tenían declarada.

Pocos meses antes de que Irene llegara al mundo, Antonio volvió a ser infiel a Marta. Esta vez fue diferente para ambos, puesto que Antonio se había enamorado de su última amante y tenía decidido marcharse de casa cuando Irene naciera y estuviera todo más tranquilo. Y así fue. Antonio se marchó de casa, Marta se quedó en el hogar que ambos habían comprado, una niña recién nacida y una gran depresión que aumentaba cuando miraba a los ojos de su bebé y notaba la ausencia de quien más había amado.

A la semana de recibir a sus padres, conocí a Irene. Tras presentarme, le pregunté el motivo por el cual ella pensaba que estaba en mi consulta y si tenía algún problema con el que yo pudiera ayudarla. La niña habló con mucha naturalidad (excesiva a mi parecer, como si estuviera muy acostumbrada a hablar del tema) y muy explícitamente de las situaciones que vivía en casa. Eran frecuentes las discusiones entre sus padres por temas económicos, las amenazas de denuncias, los cambios de última hora en régimen de visitas, etc. La niña en ocasiones hablaba casi susurrando, al preguntarle por ello refería que temía que su madre que esperaba en la sala de espera se enterara de lo que me contaba. Deseaba unir a sus padres, de ahí las continuas llamadas de atención que mostraba, ya que aunque fuera desde el enfado les mantenía unidos como familia durante algunos momentos.

Al finalizar la sesión, me despedí de la pequeña quien, al oírlo y mientras me daba un fuerte abrazo, me preguntó si podría venirse a casa conmigo porque deseaba quedarse a mi lado en lugar de volver con sus padres. Esta petición me hizo darme cuenta de lo frágil que era el vínculo establecido entre Irene y sus padres y que la reconstrucción de éste debía ser mi principal objetivo en el tratamiento con el sistema familiar. Así lo reflejaban todos los dibujos elaborados por la niña, donde la temática que repetía continuamente eran los corazones rotos.

La cita de devolución de información a los padres volvió a suponer un momento tenso, pues aunque estaban de acuerdo en que era necesario intervenir, el odio que tenían colocado sobre el otro, les impedía ver con claridad la meta que debían lograr para conseguir el bienestar de su hija dejando atrás sus viejos rencores y traiciones.

Mi propuesta era intervenir en dos niveles fundamentales. Con Irene semanalmente durante un período estimado de 5 meses y por otro lado, trabajar la relación con sus padres quincenalmente, de forma que pudieran llegar a entenderse y tener una relación cordial que facilitara la vida de su hija. No sabía si ésta última sería posible dada la complicada relación que existía entre Marta y Antonio, pero tenía que intentarlo.

La niña necesitaba herramientas para poder manejarse en el entorno hostil en el que vivía. Este siempre es mi principal objetivo (que no mi primera propuesta a los padres), ya que en muchas ocasiones, por desgracia, no podemos contar con que éstos realicen su propio trabajo terapéutico y resuelvan los conflictos que, por extensión pueden caerles a sus descendientes. De ahí que mi trabajo trate de dotar al niño de los recursos necesarios para manejarse en su presente. Habilidades que deberá ir modelando a lo largo de su vida para enfrentarse a las situaciones difíciles con las que se pueda ir encontrando.

Los padres de Irene necesitaban un lugar donde poder comunicarse y poder hablar de todas las heridas que se había causado el uno al otro. Un lugar para poder hablar de Irene sin que mediaran los abogados o los jueces. En definitiva: un punto de encuentro donde poder trabajar emocionalmente todo el dolor de su pasado de forma que pudieran vivir libre de él en el futuro.

Mi propuesta de intervención con los padres de Irene fue, a mi juicio, demasiado pretenciosa, pues pensé que podría ayudarles a arreglar una situación en la que llevaban inmersos más de 10 años, (sin mucha intención de cambiar) ya que antes de la llegada de su hija, su relación de pareja “hacía agua” por todas partes. Pretendí salvar lo insalvable y me topé con mi propia frustración como “salvadora”. Al ver que no servía de mucho plantear esas sesiones conjuntas, procedí al cambio y a verles de forma individual para que cada uno pudiera intervenir con las dificultades que estuvieran teniendo con la menor. Ésta manera de proceder resultó muy complicada para mí, pues inevitablemente sentía que me colocaban en la misma posición donde habían colocado durante tantos años a su hija, en el medio y cada uno tirando de uno de mis brazos.

A pesar de que la terapia con los padres no marchaba como hubiera deseado, la niña avanzaba en el tratamiento. Su concentración y rendimiento académico mejoraban pasando de suspender a sacar notables y algún que otro sobresaliente. Había conseguido integrarse adecuadamente con su grupo de iguales y desde que estaba en tratamiento no habían vuelto a sucederse ningún percance digno de mención. Aún seguía costándole aceptar a su hermano pequeño y en algunas ocasiones hablaba de lo feliz que sería si sus padres estuvieran juntos de nuevo.

Tras cinco meses de tratamiento con Irene, varias sesiones catárticas con los padres sin llegar al final deseado y una nueva denuncia por parte de Marta a Antonio por temas económicos, se dio por finalizada la terapia al evaluar que Irene, a pesar de que sus padres no habían conseguido tener una buena relación como a ella le hubiera gustado, se sentía fuerte y capaz de enfrentarse a su día a día, su corazón ya no estaba roto, pues había conseguido ponerle una tirita y sentirse buena y valiosa. Ya no deseaba que sus padres volvieran a estar juntos como pareja, pero sí que consiguieran tener una relación cordial. Había conseguido enfadarse y expresar adecuadamente su rabia para defenderse cuando sentía que sus padres la colocaban otra vez en el medio para dañar al otro, y por último, y para mi más importante, había conseguido aprender a vincularse sanamente y poder despedirse.

A pesar de no haber conseguido que Marta y Antonio se llevaran bien estoy satisfecha por lo que sí se consiguió: que ambos respetaran el régimen de visitas, de forma que la niña tuviera unas rutinas establecidas y su día a día tuviera coherencia y certidumbre en ese aspecto. Así mismo, decidieron que si no podían comunicarse porque se dañaban mutuamente y por extensión a su hija,

evitarían la comunicación siendo ésta realizada por medio de familiares y abogados. Creo que lo que sí consiguieron estos padres fue aprender a separarse y dejar de tener una relación tan ambivalente que no hacía si no confundir a su hija. Espero que algún día estos padres puedan llegar a perdonar y perdonarse a sí mismos, pues *“el odio nunca es vencido por el odio, sino por el amor”* (Mahatma Ghandi).

Sin ánimo de destripar a nadie la película de Maléfica, para mí no hay beso de amor verdadero que se pueda comparar con el beso de amor incondicional de un padre y una madre.

Y ahora sí, colorín colorado este artículo se ha acabado.

ANEXO

CUENTO ELABORADO PARA FINALIZAR LA TERAPIA CON IRENE

Había una vez, en un reino muy muy cercano, una pequeña princesa de nombre Irene que vivía en un dos castillos... ¿cómo?, ¿en dos castillos? Sí, sí, la pequeña y linda princesa vivía en dos castillos, porque su mamá y su papá no vivían juntos desde que ella contaba con tan sólo un mes de vida.

La princesa disponía de dos habitaciones, dos baños, dos cocinas, dos salones. También tenía dos familias, con tíos, primos, abuelos, etc. Sin embargo, a pesar de tener tantas cosas, la princesa sentía que su corazón estaba roto, dividido.

Su pobre corazón sufría y lloraba en silencio, pero si mirabas un poco más de cerca a la princesa, podías percibir su enorme tristeza, tristeza que en ocasiones se camuflaba en forma de inmensa rabia y que provocaba el desconcierto en las personas que la rodeaban.

La princesa pensaba que si deseaba mucho que sus padres volvieran a quererse, acabaría ocurriendo, como cuando pides un deseo con mucha, mucha fuerza, y al final se cumple. Sin embargo, por mucho que lo deseará, sus padres no volvían a quererse, y la princesa seguía dividida por el amor de ambos.

Así que siguió buscando opciones y alternativas para ver si conseguía reunir de nuevo a “su familia”. Y la princesa empezó a portarse mal, ya que no se le ocurrían otras formas de cambiar la situación. Así la pequeña recibía por un tiempo la atención de papá y mamá, pero esto duraba poco y con frecuencia, acababa habiendo gritos y tensión en los dos castillos. Parecía que no era la solución adecuada...

El Rey, desesperado, decidió consultar a los sabios de su consejo y estos le recomendaron que fuera a visitar al hada que habitaba en las montañas del este. El camino no era fácil, pero estaba decidido. Además, si algo compartían el Rey y la Reina, era el amor por su hija y ambos estaban dispuestos a luchar para que la pequeña Irene fuera feliz.

Los tres comenzaron el viaje a la montaña en busca del hada de las montañas. A su llegada, ésta les acogió en su morada y los Reyes le plantearon el problema que estaban viviendo. El hada lo vio claro: necesitaba tiritas para poder sanar el corazón de la pequeña princesa. Sin embargo, no valía cualquier tirita, pues la que necesitaba la niña era una muy especial, que llevaba un pegamento y un ungüento hecho de flores y especies de plantas únicas de una zona rocosa no muy lejana a su hogar pero que no siempre era de fácil acceso.

No había tiempo que perder, así que a la mañana siguiente, hada y princesa comenzaron a preparar la expedición para buscar los ingredientes y confeccionar de esa manera la herramienta adecuada. Esta tarea les llevo días, pues en ocasiones las lluvias, el abrasador sol que quemaba algunas de las plantas, las escarpadas laderas de la montaña y los animales salvajes del lugar, les impedían llevar a cabo su misión. Ninguna desesperó en el intento y poco a poco el recipiente que tenían para guardar las flores y especies se iba llenando.

Los Reyes observaban y en algunos momentos acompañaban a ambas. En ocasiones la tensión que había entre ellos casi desaparecía y, aunque sabían que no volverían a amarse, podían intentar aprender a tolerarse.

Princesa y hechicera trabajaron con ahínco para convertir todas aquellas plantas en el ungüento, que haría que su corazón dividido pudiera volver unirse y dejará de dolerle. ¡Y por fin lo consiguieron! El ungüento estaba listo para ser utilizado con la tirita. El hada le colocó la tirita a la princesa sobre el corazón y al poco tiempo comenzó a sentir los efectos curativos de las plantas y flores que con tanto esfuerzo había recogido.

El corazón de Irene volvió a recomponerse. Ya no le dolía, y sabía que a pesar de tener dos castillos, era amada y valorada en ambos. Ahora tenía una tirita para enfrentarse a todas las dificultades que fueran surgiendo en su camino, pues la esencia de las plantas que había recogido tenían una intensa mezcla de valentía, fortaleza, seguridad y amor incondicional, y todo esto le ayudaría a no rendirse jamás. La princesa volvía feliz y risueña a su doble reino, sabiendo que siempre tendría al hada en su recuerdo.

FIN.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bettelheim, B. (2006). Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Editorial Crítica.
- Perrault, C. (1997). La Bella Durmiente. Editorial La Galera.
- Grimm, J y W (2007). La Bella Durmiente. Editorial Anaya.
- Georg Jünger, F. (2006). Mitos griegos. Editorial Herder